

Retrato de un Ulises de frontera*

*Publicado en el suplemento *Laberinto* del periódico *Milenio Diario*, número 490, 3 de noviembre de 2012.

Héctor Orestes Aguilar

Acaso ya en 1947, apenas con ocho años de edad, había tomado conciencia del fenómeno decisivo en su biografía y su obra: poseer una identidad de frontera. Su entorno natal estaba sometido por entonces al ejército de ocupación yugoslavo. Al abandonar 24 meses después sus guarniciones y marchar a casa, las tropas del Mariscal Tito dejaron tras de sí un espacio geográfico declarado poco después “Territorio Libre”, confín autónomo en apariencia suspendido en el tiempo, opulento cruce de civilizaciones vivido como el rincón donde dos partes del mundo se disociaban para siempre de manera radical.

Ese enclave, Trieste, la “ciudad de papel”, era un lugar privilegiado para entregarse al placer de leer y escribir. El niño fronterizo cumple 12 años cursando con frecuencia páginas de Emilio Salgari y Robert Louis Stevenson, descubre la posibilidad de hacer libros a partir de otros libros y comienza a copiar una enciclopedia paterna. De esta manera compone su ópera prima, un tratado sobre ciento veinte razas caninas, donde aparecen “malos” (el *dogue de Bordeaux*) y “buenos” (el mastín español y los perros de trineo). Para aquel hijo de una maestra de primaria y del empleado de una aseguradora ese incipiente manual prelude ya un destino literario.

Que no tardaría mucho en hacerse realidad. En 1957, al aprobar la *matura*, el presidente de la comisión de su examen, Giovanni Getto, lo convence de abandonar el vago proyecto de estudiar dirección en el Centro Experimental de Cine en Roma y de trasladarse a Turín para estudiar letras y filosofía. Getto —gran erudito, autor de estudios sobre

Giovanni Boccaccio, la literatura religiosa, el Barroco, Torcuato Tasso y Alessandro Manzoni— abrió al bisoño estudiante fronterizo la perspectiva de los estudios literarios como práctica integral y lo instruyó en la técnica y “los misterios” de la crítica. Sólo entonces ese anónimo triestino fue convirtiéndose, paso a paso, en el autor conocido en la globósfera como Claudio Magris.

La ciudad de Turín fue un observatorio privilegiado desde el cual Magris pudo apreciar la tumultuosa evolución de la realidad social italiana. Confróntense libros de memorias de protagonistas de la época, los años cincuenta y sesenta, por ejemplo la biografía del editor Giangiacomo Feltrinelli. Allí se percibirá una efervescencia múltiple en todos los ámbitos de la vida italiana. En el mundo de las letras, el suicidio de Cesare Pavese y la entrada en la tercera edad de figuras patriarcales como Mario Praz y Alberto Moravia van dando paso a nuevas generaciones. Es el tiempo de Eugenio Montale, Giuseppe Ungaretti, Guido Piovene, Emilio Cecchi, Oreste del Buono, Giorgio Bassani. Es en Turín, cuna de Antonio Gramsci y Norberto Bobbio, donde surge entonces una escuela filosófica notable, encabezada por Nicola Abbagnano, Augusto Guzzo y Luigi Pareyson. Al vivir en la capital piemontesa, Magris tiene también la distancia suficiente para revalorar la importancia literaria de Trieste, vista en esos tiempos como “un *cul de sac* del Adriático”, donde vivían o habían vivido importantes animadores de las letras italianas: Italo Svevo, Roberto Bazlen, Gianni Stuparich, Pier Antonio Quarantotti Gambini, Umberto Saba, Biagio Marin, Giorgio Voghera y Anita Pittoni, entre muchos otros.

Para Magris, la escena académica, literaria y filosófica turinesa fue, además, una verdadera *Bildungsroman*. Además de Getto, Magris tuvo como principales influencias a los miembros de una pléyade académica irrepetible: Leonello Vincenti, notable experto en el dramaturgo austriaco Franz Grillparzer y minucioso conocedor de la

modernidad vienesa; Ladislao Mittner, especialista en el romanticismo alemán, autor de una voluminosa *Historia de la literatura alemana* en tres rollizos tomos; Sergio Lupi, director del renombrado *Dizionario Critico della Letteratura Tedesca*, con quien Magris trabajó de cerca varios años; Franco Venturi, quien le contagió el interés por el sentido de la historia, tan importante como la literatura misma en su formación; y, en fin, Cesare Cases, investigador especializado en las condiciones socioeconómicas de la producción literaria, y Giorgio Melchiori, formado en la escuela anglosajona del análisis de la literatura, con quienes estudia, respectivamente, la crítica lukacsiana y el análisis del texto. En consecuencia el joven triestino, luego de cinco años de estudios enfocados a la germanística por encima de la filosofía, desechó la tentadora posibilidad de hacer una tesis junto a Gianni Vattimo y se doctoró en lengua y literatura alemanas bajo la dirección del ya mencionado Vincenti, con una monografía de la cual surgirá su primer libro, *El mito habsbúrguico en la literatura austriaca moderna* (de 1963), donde comenzó a desplegar la erudición y agudeza que lo distinguen mucho de otros germanistas, críticos literarios e historiadores de las ideas, la literatura y la cultura.

Desde finales de los años mil novecientos sesenta, Magris se convierte en colaborador habitual de periódicos italianos como *Il Piccolo di Trieste* y después de *Il Corriere della Sera*, experiencia definitiva para desarrollar una prosa ágil, enérgica y electrizante. En esa época su maestro informal es el periodista Alberto Cavallari —tal vez por encima de Walter Benjamin, cuya obra leyó a profundidad—, quien estimulará a Magris para aprender en corto la “lectura de las calles” como ejercicio habitual desprovisto de cualquier dejo academicista. Será aquel veterano reportero (antítesis del periodismo solemne, “bien peinado” y conceptuoso, como el de Indro Montanelli) quien le insista en

viajar a Viena para aprender a *flanear* como escritor y le inspire al germanista a escribir con garra, ingenio y soltura.

Con todo ese bagaje Magris ha concebido cerca de 30 libros y más de 300 notas, artículos periodísticos y académicos, conferencias, semblanzas, prólogos y traducciones no compiladas. Ha traducido a Arthur Schnitzler (*La cacatúa verde*, *La condesita Mizzi*), Heinrich Von Kleist (*El cántaro roto*), Georg Büchner (*Woyzeck*), Franz Grillparzer (*Medea*) y Henrik Ibsen (*Un enemigo del pueblo*), todas obras dramáticas. De la treintena evocada al principio valdría señalar que cuatro son piezas teatrales (*Wilhelm Heinsse*, *Stadelmann*, *Las voces*, *La exposición*); asimismo, se han realizado adaptaciones escénicas de los relatos *Conjeturas sobre un sable*, *Otro mar* y *El conde*, amén de la espectacular versión teatral de *Danubio* concebida por alguien muy familiar a Magris, el escritor italiano y húngaro Giorgio Pressburger. Varios de sus ensayos y discursos públicos sólo han aparecido en forma de libro en lengua alemana y ha dado a la imprenta un par de títulos escritos al alimón, en concreto con Angelo Ara y con su maestro Cesare Cases.

Merced a sus contribuciones literarias, académicas y periodísticas, Magris se ha hecho acreedor a una muy prolongada lista de reconocimientos, desde condecoraciones de alto nivel diplomático (la Cruz de Honor Austriaca, Primera Clase, en Ciencia y Cultura, obtenida en 1980), hasta codiciados premios literarios europeos, como el Strega (1997) o el Premio Príncipe de Asturias de las Letras (2004). No puede olvidarse un hecho político esencial: en 1994 fue candidato al Senado de Italia como representante del “Grupo Trieste”, del cual era miembro único; aun así, logró el apoyo de formaciones políticas como los Popolari, el PDS, el Patto Segni, la Aleanza Democratica y Rifondazione Comunista. Ya como Senador electo, formó parte del grupo mixto, encabezando la llamada “Lista Magris”, sostenida en su mandato un bienio. Uno de sus empeños y logros políticos

memorables, por cierto, fue impedir a las autoridades municipales de Trieste el cierre del Caffè San Marco, baluarte, si los hay, de la triestinidad.

Magris dista mucho de ser un solitario en la sociedad literaria italiana. En un ambiente tan competitivo y diverso, potencia internacional en el estudio de las letras modernas y la literatura comparada, la germanística, el ensayo y la reflexión filosófica, representada por autores como Umberto Eco, Omar Calabrese, Pietro Citati, Raffaele La Capria, Enzo Betizza, Massimo Cacciari y Roberto Calasso, para citar sólo a los más conocidos fuera de las fronteras de la península, la voz del escritor triestino se distingue, sin embargo, por su enorme capacidad de interpelación, por la universalidad de su alcance y por la perdurabilidad de una parte muy estimable de su obra.

Sus hallazgos no son pocos pero admiten esta enumeración mínima:

- La revalorización de la triestinidad como una “identidad de frontera”, entendida ésta como matriz literaria.
- La idea misma de “literatura de frontera”, aplicable a escritores y obras provenientes de enclaves multiétnicos y multiculturales, cuyo legado no pertenece por necesidad a un solo canon nacional o a una sola historia de la literatura oficial, sino que se encuentran repartidos o diseminados entre ciudadanías y lenguas. Es el caso de escritores de Galizia oriental como Karl-Emil Franzos, Leopold von Sacher-Masoch, Bruno Schulz, Andrzej Kúsiewicz, Joseph Roth, Józef Wittlin, Soma Morgenstern, Stanislaw Lem, Hermann Kesten, Stanislaw Jerzy Lec y Manès Sperber, entre otros; o el caso mismo de los escritores de Trieste, quienes han compuesto sus obras en italiano, esloveno y diversos dialectos regionales y para quienes las tensiones entre civilizaciones y lenguas resulta fundamental.

- Haber dado luz, de manera integral, sobre un acervo literario (autores, obras, ideas literarias) poco apreciado de manera homogénea hasta entonces (los años 1960).
- Explorar la idea de una totalidad literaria. Dicho de forma más puntual, examinar al imaginario habsbúrguico como una totalidad, una totalidad mítica.
- En este mismo sentido, haber descifrado el andamiaje de la cultura literaria oficial austriaca, haciendo legible cómo el canon literario austrohúngaro ha sido utilizado con fines políticos, en particular por la historia cultural vienesa.
- Ejercitar de manera novedosa una forma de escritura –el ensayo itinerante— que si bien está muy arraigada en la literatura italiana no había alcanzado una capacidad expresiva tan seductora.
- Realizar una síntesis prosística entre la literatura de viajes, el ensayo académico y la crónica periodística.

De este modo, Claudio Magris es hoy un referente ineludible y su obra un asidero permanente. Ha contribuido con sus ensayos, semblanzas y reseñas a la formación del gusto literario de por lo menos tres generaciones de lectores en su país y, en general, en las diversas partes de Occidente donde se le traduce y se le sigue con fruición; ha iluminado amplias zonas de literaturas hasta no hace mucho menospreciadas o ignoradas y ha logrado fusionar géneros literarios desvinculados entre sí. Sin pretender convertirse en un “clérigo”, sin pontificar ni establecer una línea excluyente de pensamiento, ha logrado sostener una opinión inequívoca, firme y crítica en medio de las vergonzosas oscilaciones de la acomodaticia *intelligenza* italiana de nuestros días, resignada a la depauperación de la vida intelectual en su país.

Más de un libro de Claudio Magris no sobrevivirá el paso del tiempo. A la fecha, para no ir más lejos, compilaciones como *El Anillo de Clarisse*, sus *Tres estudios sobre Hoffmann* y su ensayo sobre la política en el teatro de Tankred Dorst casi se han olvidado. Incluso es preciso meditar con mucho cuidado si la dimensión humanística de la obra de Magris conservará dentro de pocos años la misma belicosidad que tiene para nosotros en un mundo inmerso, una vez más, en *el vacío de los valores*.

Con todo, los escritores mexicanos de este cambio de siglo tenemos mucho por agradecer a la obra de Claudio Magris. Lo mejor para demostrar nuestra declarada gratitud y admiración es continuar leyéndolo, traduciéndolo y dándolo a leer. Muy pocos autores como Magris están dotados a plenitud con el mayor atributo al que puede aspirar un autor: saber ganar incondicionales para la gran literatura.